

COLECCION DE LEYENDAS

CEUMBERRA,

Leyenda Original

POE

JOSÉ PERALTA.



Cuzco, mayo 6 de 1876.

—1—
CHUMBERA.

APUNTES PARA UNA LEYENDA.

A mi estimado amigo el sor. don Rafael M. Arízaga.

L

Era la mañana siguiente a la sublevación de los bárbaros contra Logroño. [a] El sol, como un disco de fuego, se levantaba del oriente, y sus primeros rayos doraban apenas las cumbres de las montañas.

Por un camino, que vá de la ciudad hácia el bosque, se dirigían dos salvajes en traje de guerra. El mayor, que era de hercúlea estatura, llevaba, impresa en el semblante, esa indómita ferocidad, que caracteriza al guerrero de las selvas. La arrugada frente ceñida con un gran penacho de plumas verdes, los pequeños ojos ensangrentados, la nariz aguileña, los labios gruesos y volteados, el color oscuro, la enorme *jabatina* que blandía en su diestra, la concha de tortuga que le servía de escudo, todo, todo le daba un aspecto tal, que difundía el terror y el espanto aún entre los más impertérritos hijos del desierto. El otro, por el contrario, era un joven de aspecto noble y simpático. Iba adornado con todas las galas de los salvajes, y por armas llevaba un arco a la mano, y a las espaldas, un carcaz encarnado, con borlas de plumas blancas y azules.

(a) Se puede ver la destrucción de Logroño en Oevállos; "Historia del Ecuador," cap. III, § III, tomo 2.º, pag. 140.

Por algun tiempo habian caminado ya sin desplegar los labios, meditando, al parecer, cada uno de ellos sobre asuntos de grande importancia. Al fin el más joven se paró, y exhalando un suspiro: ¡Imposible, imposible es olvidarla! dijo; para esto seria necesario arrancarme el corazon; porque su imágen la tengo grabada aquí en el pecho, y volvió a quedar sumido en sus pensamientos.

—Querido *Chumbera*, exclamó el feroz guerrero que le acompañaba, no te aflijas por un ensueño de amor. Mira, esto y no más son los afectos de la tierra. Y al decir esto, arrancó una hermosa amapola del camino, la sopló, y las purpúreas hojas volaron por la selva dejando sólo el tallo en manos del salvaje.

—Vaticiente *Quiruba*, parece que no entiendes de achaques del corazon. Ah! si la vieras.... sólo por ella dejaras tu cabaña para no volver jamás á tu patria!... Anoche en medio de la matanza la encontré huyendo; me pareció el genio de la ciudad y me arrodillé ante élla. Entonces cayó desmayada en mis brazos y, a la luz del incendio, pude ver su hermoso rostro más blanco que el capullo de algodón que se abre por la mañana. Los rizos de sus negros cabellos suaves como el *carbo* de la montaña, caian sobre mi frente.... Ah! si la hubieras visto!... De repente asomó un blanco; oí una detonacion, y un indio cayó a mis piés. Era mi hermano *Singara*, que venia a ayudarme y que acababa de morir por salvarme la vida. Levado del dolor, solté a mi prisionera y corré a levantarle. Le recliné sobre mi pecho, y pronuncié en su oído algunas palabras tiernas para que las repita a mi padre que há tanto tiempo habita entre los muertos.... Entretanto la hermosa blanca habia desaparecido en los brazos de su amante..... Ah! *Quiruba*, yo no sé lo que me pasa.... Si a lo menos hubiera podido explicarle cuánto amor me inspiró en ese momento, no seria tan desdichado!... Mas ay!

huyó de mi presencia, y huyó despues de haber encendido en mi pecho un fuego voraz que me abrasa el alma.... En vano, en vano, anoche mismo, bramando como el genio de la guerra, con un tizon en la mano, recorrí en busca de ellos toda la ciudad.... La perdí, pues, la perdí sin duda para siempre!....

—No la perderas, hijo mio, no la perderas!.... Habran huido a los bosques y no deben llevar andado mucho trecho!....Cincuenta tribus tengo a mis órdenes. Arrasaré los montes, talaré las selvas, y ni el recóndito albergue del leopardo podrá ocultarlos a mi vista. En cambio del valiente *Singara*, llevarás a tu madre, esa hermosa jóven a quien amas, coronada de malvas blancas y encarnadas, y se templará su dolor cuando la vez junto al hogar de tus padres.

Chumbera casi no creia las palabras de su jefe, y, en su emocion, pasó del exceso del dolor al exceso de la alegría.

—¿Conque es cierto que la volveré a ver!

—Sí, amigo mio. Estás en la edad de las pasiones y te compadezco!....Ah! mi juventud!.... Chumbera, he sido tan desgraciado, que mi vida no es sino una cadena de desdichas!.... Este corazon que ahora parece estar en calma y no ocuparse sino en los intereses de la patria, si lo vieras!.... Pobre corazon mio, condenado a padecer en silencio!.... Te amo, Chumbera, como a hijo mio, y no permitiré jamas que seas tan infeliz como yo! Todo lo que esté a mi alcance, haré para calmar tus penas. Mas, ahora apresuremos el paso, vámos al Consejo. Mandaremos socorros a nuestro hermanos de Sevilla del Oro y de Huambuya, y principiaremos a buscar a tu prisionera.

El jóven enamorado, lleno de entusiasmo, besó los labios de Quiruba en señal de agradecimiento,

y asiéndose de los brazos comenzaron a andar, a pasos largos, hacia el bosque del Consejo.

II.

Tres horas despues bajaba, el feroz Quiruba del monte de la asamblea, en medio de Chumbera y del anciano *Chacaima*, curaca de los *Cayanes*.

—Mirad, dijo este, todavia arden las soberbias cabañas de los *blancos*, que esclavizaron nuestras vírgenes, arrebataron el pan de las manos de nuestros hijos y profanaron los sepuleros de nuestros abuelos. ¡Por fin, por fin anoche vengamos la sangre de nuestros padres!----¡Por fin somos ya libres como el cóndor de nuestras montañas!----Cuando en el Consejo hablaste, tú oh Quiruba; tigre de los bosques, del completo exterminio de esa raza de tiranos, y cuando vi llevarse de granos rojos la concha de los votos, me sentí rejuvenecer, el corazon me latió con fuerza, levantéme del tronco de cipres en que estaba sentado, y me cubrí con la capa de oso, señal de guerra en mi tribu. Corrió mi hijo *Hualu*, á traerme la *manzana* y esta masa forrada con piel de culebra, que sirvió á mi padre *Cayuri*, el del penacho blanco, en la defensa de *Paute*; y héme aquí dispuesto á morir por la patria.

—No, tú no irás á la batalla, respondió Quiruba, tus sabios consejos nos servirán, mas que tu brazo debilitado ya por los años. El jóven *Itipa* marchará á Sevilla con un ejército de cien veces ciento, para que, si no se ha dado anoche el asalto, se dé hoy mismo, si es posible, y *Naranza* con los valientes *pepunaos* caerá sobre Huamboya.

—Ancianos quienes os aconsejen teneis en todas las tribus. Dejadme morir ó cubrirme con la sangre de los opresores.----¡Jamás, jamás, desmentiré el valor de mis antepasados!----Sí, yo iré, y, ante la masa de *Cayuri*, caerán en Sevilla y Huamboya, mas

blancos que entre las ruinas de Logroño; y saltarán de gozo mis bravos hijos, cuando vean mi cabaña adornada con cráneos humanos.

—Repito que no irás, porque así lo han dispuesto los espíritus de las selvas. ¿Querrias, pues tú, que eres tan sabio, contradecir sus sagrados decretos y atraer sobre todos nosotros las iras del cielo?.... El gran *Villac* (b) anoche, en medio de las sombras, antes del asalto, vino á mi cabaña.... Estaba con la túnica negra de los funerales; sus cabellos erizados, sus ojos revueltos en sangre, sus manos trémulas y sus labios balbucientes. “He consultado á los genios del sueño en la montaña, me dijo; no permitas, *Quiyuba* que peleen los ancianos.” Y despues murmuró, en tono de amenaza, ciertas palabras ininteligibles, pero que todavía suenan en mi oído y hacen estremecer el alma... Despues, esta mañana, no lo reveleis á nadie, amigos míos, se me presentó nuevamente el sacerdote, como un genio horrible, cubierto de sangre y blandiendo en su diestra una víbora muerta: “¡Morirás, morirás!” me dijo, con voz terrible y se internó bramando, como un oso, por en medio de las selvas.... Tal vez los genios de las montañas hayan decretado, ó van á decretar, mi muerte porque permití que peleases anoche.... Es preciso, pues, que la evitemos huyendo ambos del combate. Deja por ahora, valeroso anciano, la macana y esa horrible masa en manos de los mozos, y conténtate con hacer quemar los cadáveres de los blancos y esparcir sus cenizas por los cuatro vientos; mientras yo con algunos cazadores y mi amigo *Chumbera* recorramos los montes vecinos en busca de un blanco, con cuya sangre se ha de rociar la tumba de *Singara*.

—Obedezco, dijo el viejo curaca apesadumbrado y se despidió llevando la mano al pecho y despues

(b) Sacerdote adivino.

a la tierra, en señal de vasallaje. Luego que quedaron solos los dos amigos, y que se hubo alejado bastante el anciano *Chacaima*:

—Este es mi plan, dijo el jefe de los bárbaros a su amigo: nos diseminaremos por el bosque como para la caza del tigre, y si no los hallamos, pondremos fuego por los costados de las montañas y los esperaremos en la playa.

—Perfectamente, contestó el joven salvaje lleno de gozo, ahora mismo voy a elegir los guerreros que deban acompañarnos. Nos encontraremos dentro de un instante en la pampa de los *huahuales*.

—Véte y vuelve presto, dijo *Quiruba*, recostándose al pie de un corpulento *lamay*, (c) que embalsamaba el aire con sus perfumes.

III.

Mientras estas cosas sucedían entre los bárbaros, una escena distinta tenía lugar en un bosque no muy lejano de la infortunada Logroño. Junto a un precipicio, bajo de un árbol cubierto de *salvaje*, se hallaba un hombre pálido, como una estatua de mármol, tendido sobre la hojarasca. A su lado estaba una joven hermosa como la sonrisa del alba. Tenía los ojos bajos, y sus mejillas, cubiertas de lágrimas, no parecían sino las rosas de nuestros jardines cuando están bañadas con el llanto de la mañana. Sus hermosos cabellos sueltos y humedecidos por el rocío, caían obre su vestido de color de cielo, y sus blancas manecillas se ocupaban en acariciar la frente de un hermoso niño que dormía en su falda.

En torno de ellos no se oía sino aquel eco magistoso de los desiertos, que, como dicen los poetas, es el himno solemne que la naturaleza eleva al Creador en medio de las soledades.

(c) Árbol que da el incienso.

El ruido que hacía al caer la hoja desprendida por el viento, el gemido de la torcaz, el paso de la ardilla, o el silbido de la vibora; bastaban para hacer que la jóven volviese precipitadamente la cabeza y se pusiese pálida como la muerte. Violentas palpitations levantaban su mórbido pecho, y sus labios de nácar murmuraban algunas palabras en secreto. Al fin, acercándose al jóven, le dijo:

—Anímate, hermano mio, si te mueres ahora, qué vá a ser de nosotros, pobres huérfanos en medio de estos montes?

—Hermana mia, mi querida Avelina, respondió suspirando el jóven, sólo por tí y por nuestro hermanito, siento la muerte. Nuestros padres habrán perecido infaliblemente anoche!....ya qué me resta?...

—Socorrernos, Roberto, exclamó la jóven ahogándose en sollozos.

—¡Socorreros! repitió amargamente el jóven, socorreros! cuando ya siento escapárseme la vida!... cuando las heridas que recibí anoche por libertaros, ya me van precipitando en el sepulcro!...

En este momento despertó el niño y comenzó a lamentar llamando a su madre.

—¡Infeliz de mí! se me parte el corazón, exclamó Roberto; y enjugando las lágrimas del niño con el reverso de su mano, añadió: Calla inocente, calla, dentro de poco iremos a ver a papá y a mamá.

—¿Y no nos cogerán los indios en el camino? preguntó timidamente el niño.

—No hijo mio, respondió el herido, ahí en el cielo está Dios, nuestro Padre, él defenderá a tí y a nuestra hermana y no permitirá que caigais en manos de los salvajes.

—Ay! Roberto, no me atormentes, dijo la niña desabrochándole el pecho.

El aspecto que presentaron las heridas hicieron estremecer a Avelina; perdió el color, y un nuevo raudal de lágrimas corrió de sus ojos.

—La fiebre me abrasa, y esta sed devoradora parece que aproxima más la hora de mi muerte, dijo suspirando Roberto.

—Ni una gota de agua hay en estos peñascos. Voy a ver si hay rocío en los *huicundos* de los árboles, y a traer hojas de *hinda* silvestre, para aplicarte en las heridas, repuso levantándose Avelina.

—Y para mí unas frutitas de ese árbol de allá, porque me muero de hambre, dijo el niño desasiéndose de los brazos de su hermana y mostrando con su mano un arbusto cargado de racimos.

Corrió Avelina, y a poco desapareció entre los árboles de la montaña.

IV.

Ya se acercaba la tarde. Un humo denso semejante a esas nubes precursoras de la tempestad, se levantaba de los costados del bosque en donde estaban; y bandadas de aves cruzaban apresuradas el espacio, como si huyeran de un incendio. A lo lejos en la selva se oían los chasquidos del incendio, el crujir de los árboles que caían; el bramar de las fieras y voces confusas, mezcladas con el ruido de las ondas del río que rodada entre aquellas montañas.

—¡Qué terrible situación es la mía, dijo Roberto levantando la cabeza para ver a su hermanito, que estaba entretenido en coger unas flores rosadas, que como borlas de seda colgaban de unos bejucos—

¡Dios mío, Dios mío! continuó, primero la muerte!.....No permitas que mi Avelina y este inocente caigan en manos de estos bárbaros!..... Ya que me llamas, Señor, a tu presencia, tú has de cuidar de ellos!....Míralos, pobres huérfanos, como aves sin nido, van a quedar solos en estas montañas!.....Señor, Señor! tú que eres defen-

sor de la inocencia no abandones a mis hermanos!....

Calló, cerró los ojos y un mar de lagrimas bañó sus mejillas.

—¿Por qué lloras? dijo el niño abrazando el cuello del joven muribundo. Vé estas flores tan lindas que he cogido; toma, guárdalas para llevarlas a mamá....

En este momento silbó una flecha en el aire y el niño soltó las flores de la mano, abrió sus labios como para quejarse, miró al cielo y cayó de espaldas. La flecha había atravesado su corazón.

—¡Los salvajes! gritó Roberto; y mi hermana!....; Santo Dios, ampárala!....

Y, reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, se puso de pié, sacó una pistola y la disparó en el pecho de Quiruba que se presentó en ese instante. Dió un rugido el salvaje y cayó sobre su rostro mordiendo con furor la tierra. Corrió hacia él Roberto, y, apoderándose de su lanza, se arrimó al tronco de un árbol para guardar las espaldas.

—Tú mismo eres, sí.... bien nos avisó un guerrero que estabas entre estos peñascos.... Mi prisionera mi prisionera ¿dónde está? gritó Chumbera, lanzando una mirada feroz sobre el infeliz hermano de Avelina. ¡Jamás, jamás será tuya! prosiguió el indio; primero te arrancaré el corazón.... Y, dicho esto, enarboló su *jabalina*, retrocedió algunos pasos para dar vuelo a su cuerpo, y, arrojando espumarajos por la boca, parecía un tigre que se abalanza sobre su presa.

—¡Socórreme! exclamó Avelina, que acababa de llegar jadeante, huyendo del anciano Chacaima que la seguía. Y apareciendo detras del tronco de un árbol, llena de espanto, se arrojó en los brazos de Roberto, en el instante mismo en que silbando la enorme lanza de Chumbera atravesaba su corazón y el de su hermano.

El salvaje ciego de furor, había arrojado su arma a la distancia; imposible era detenerla en el

aire, y el infeliz acababa de dar la muerte a la que tanto amaba.....

Vaciló la hermosa Avelina por un momento, lanzó una mirada vaga y llena de horror a los objetos que le rodeaban y cayó exánime sobre Roberto, como cae la torcaz herida exhalando sus últimos suspiros en medio de la soledad.

—Avelina mía, ¿qué has hecho? balbució el joven.

—Morir.....contigo, murmuró la niña, y la voz de ambos se ahogó en la garganta.

Siguieron hablándose con la vista, con aquel lenguaje del corazón, por unos instantes, y al fin miró Avelina por última vez la tierra, exhaló un suspiro y dejó caer su frente sobre el pecho de su hermano.

Roberto batalló por algunos instantes con los dolores de la muerte, extendió los brazos, miró al cielo y espiró.

V.

Chumbera, fuera de sí, apoyado contra un peñasco, contemplaba á sus víctimas con espanto: Avelina estaba más encantadora que nunca; sus rasgados ojos medio entreabiertos, parecía que miraban de una manera apasionada y melancólica, al través de los negros rizos que le habían caído sobre el semblante. Sus labios parecían desplegados por la sonrisa, y el tinte de la rosa no abandonaba por completo sus mejillas. El seno estaba bañado con la sangre de la herida y con el rocío que había traído en los huicundos para apagar la sed de su hermano; y al derredor se veían esparcidas algunas frutas silvestres, jazmines y madrelevas con que había pensado Avelina, entretener el hambre y el dolor del niño.

Más allá, inmóvil, estaba Chacaima, único es- pecador de este drama; porque los demás indios que

salieron en busca de Avelina, se habian extraviado en la montaña, y sin hallar ni á sus jefes, pusieron fuego a las selvas y se retiraron a la playa.

—¡ Miserable de mí! gritó de repente Chumbera, yo mismo con mi mano he destrozado el corazón de mi amada!....; Qué responderé a la Patria, cuando me pregunte por el valiente Quiruba?....; Esperad, esperad, sombras ensangrentadas, no me despedaceis!.... ya os voy a satisfacer con mi vida!....

Y diciendo esto miró de una manera espantosa a todas partes, y con aquella desesperacion, sin límites que se apodera del salvaje, corrió abriendo los brazos, a la cumbre del peñasco vecino.

—Detente, infeliz, gritó Chacaima, corriendo tras de él.

Ya era tarde; se habia precipitado a un abismo sin fondo, y el anciano salvaje al borde del precipicio no oía sino el sordo ruido que hacia el cuerpo de Chumbera al rodar por entre las breñas al abismo.

Por algun tiempo permaneció Chacaima en aquel mismo sitio sin saber lo que le pasaba. Una mortal palidez cubria su rostro; sus labios convulsos se movian queriendo, al parecer, expresar sus sentimientos; su vista inquieta, medía a veces la profundidad del abismo donde se habia arrojado el infeliz Chumbera, y otras, quedaba fija en el sangriento cadaver de Quiruba, ó en el de Avelina y en los de sus hermanos.

Entretanto, el incendio habia crecido con los vientos de la tarde; y los torbellinos de fuego, que, envueltos en humo negro, devoraban los árboles cercanos, sacaron a Chacaima de su espanto. El anciano salvaje huyó despavorido ante el incendio, y las llamas llegaron al teatro de nuestra escena y redujeron a cenizas a los actores de élla.

